

LA HISTORIA DEL MINERO LÜ XIN-KE

JOHN BERNINGHAUSEN *
Stanford University

LOS QUINCE miembros de *Committee of Concerned Asian Scholars* llegamos en la primavera de este año a la provincia China de Liaoning, como participantes de una delegación de amistad. Salimos de la gran ciudad, Shenyang (o Mukden), por Fushun, el centro de las minas de carbón. En esta región, en el noroeste de China, llamada Manchuria por los extranjeros, la industria pesada está muy desarrollada y a mi parecer, más avanzada en el aspecto industrial que otros lugares que ya habíamos visitado. El paisaje que vimos por las ventanas de nuestro autobús de turismo era duro y seco. Hacía poco que los campos habían perdido sus alfombras de nieve y la tierra estaba todavía helada. De las chimeneas de las casitas de los campesinos salía humo gris azulado; la gente iba en bicicleta por el lado del camino, vestidos con ropa bastante gruesa aunque con las orejeras de sus gorras de piel levantadas.

La ciudad de Fushun, sitio de la mina de carbón más grande del mundo, me recordó el norte de Inglaterra, con sus largos dormitorios para los trabajadores y sus familias, aunque todo estaba mucho más limpio.

Después de bajar a una mina hasta más de cuatrocientos metros de profundidad para observar las condiciones de los túneles, incluyendo las bandas rotativas que se utilizan en toda la mina, regresamos a la superficie e hicimos una vi-

* John Berninghausen, especialista en literatura china moderna de la Universidad de Stanford, participó en el segundo viaje a China organizado por el *Committee of Concerned Asian Scholars* en marzo de este año. Su colaboración es un testimonio de la historia moderna de China y constituye sin duda un valioso documento que informa desde el punto de vista de un obrero sobre las condiciones en las minas antes de 1948.

sita a la clínica para los mineros. En ella encontramos mineros usando lámparas de sol después de haber tomado sus duchas. Había pedido una entrevista con un "minero viejo" que estuvo en las minas de esta región durante la época de la explotación por el imperialismo japonés, y por la tarde, un compañero y yo, el profesor Steve Uhalley de la Universidad de Hawai, tuvimos verdadero placer en conocerlo. Esta reunión tuvo lugar en una habitación del edificio central. La entrevista fue muy informal y amistosa. En la sala había un pequeño grupo de tres cuadros de la mina, pero no intervino en nuestra conversación a no ser para explicarme el sentido de una palabra o de un modismo regional que no habíamos entendido. Es nuestra opinión que no hay nadie que pueda explicar el significado de la revolución china mejor que la gente de China, como este buen hombre, el señor Lü Xin-ke. Esta es su historia, contada en sus propias palabras en conversación directa con nosotros.

Nací en la provincia de Shantung, prefectura de Lai Wu, en 1937. Fuimos campesinos pobres sin tierra. Mi padre y mi hermano mayor trabajaron como *chang gong* (campesinos reclutados por los que tienen más tierra de la que ellos mismos pueden cuidar). Cuando tenía la edad de nueve años mi madre murió. Se puso enferma y como no teníamos dinero para comprar medicinas, murió. Además de mi hermano mayor, cuatro años mayor que yo, también tenía un hermanito menor, pero no hubo hermanas.

Recuerdo aquel año en el que murió mi madre. Por falta de comida, mi hermanito y yo fuimos a otro pueblecito próximo para mendigar. En la mañana llegamos a la residencia de un terrateniente que se llamaba Wang. Su hijo, que tenía más o menos diecisiete años, me vio usar mi palo para golpear a su perro que nos había atacado. El corrió para ayudar a su perro, me golpeó y me dio algunas patadas. Entonces salió su padre, nos vio y nos ordenó que nos fuéramos, pero no nos dio nada para comer. Pero, sabes, yo solamente tenía nueve años y mi hermanito seis, y los dos estábamos llorando y gimiendo, petrificados por el susto, así que no pudimos correr. Entonces aquel terrateniente también comenzó a darnos golpes y continuó hasta que nos fuimos.

Cuando alcancé la edad de quince años vinieron los japoneses a Lai Wu y muchos otros distritos de Shantung para

realizar su campaña de *san guang* (*¡Quema Todo! ¡Mata Todo! ¡Saquea Todo!*). Fue en el año 1942. Nuestro pueblito fue completamente destruido por los soldados japoneses, todas las casas quemadas de arriba a abajo, los hogares de más de cien familias destrozados por los invasores. Algunos se fueron a vivir con parientes en otros pueblos, pero los que no tenían parientes o amigos buenos en otras aldeas tuvieron que vagabundear por los caminos, sin destino, viviendo como podían. Antes de que nosotros muriéramos de hambre llegó un hombre de un lugar cercano que se había hecho reclutador para los japoneses en el noreste. Era un chino que había preferido traicionar a su propio pueblo para hacerse un *zou gou* (perro vagabundo que no es leal a ningún dueño) a su servicio. Yo todavía recuerdo su nombre, Wang Ma-zi (Wang de la cara picada de viruelas). Wang Ma-zi nos reclutó para trabajar en las minas del noreste, diciéndonos que allí tendríamos mucho mijo para comer y edificios grandes y altos para vivir, además de un sueldo muy bueno. Por supuesto, ni mi padre ni nosotros, los tres hermanos, confiamos tanto en lo que nos dijo, pero siendo como eran las condiciones de Lai Wu, nosotros y la gran mayoría de los vecinos que se enfrentaban a la muerte por miseria, creímos que allá las cosas no podrían ser peores.

En esa temporada, veinte personas de nuestro pueblito fueron a la gran ciudad de Chinan para pasar por la estación de reclutamiento. Wang Ma-zi nos había dicho que iríamos a Fushun. En nuestro grupo de veinte estábamos nosotros cuatro y cuatro o cinco mujeres que no eran de nuestra familia. Después también llegaron otras personas de mi pueblito. Bueno, al entrar a esta estación de reclutamiento, se vio inmediatamente que este sistema de reclutar trabajadores para el noreste no era como nos habían dicho. Estaban allí muchas personas, sin lugares en donde sentarse, sin agua ni alimento, esperando que se les hiciera un examen físico. Si los médicos encontraban algo, el hombre o la mujer eran rechazados sin ninguna consideración y sacados fuera inmediatamente por una puerta lateral. Después de pasar el examen, nos tomaron fotos para las tarjetas de identificación, tarjetas que no nos entregaron. Después de pasar todo el día en la estación, nos llevaron en grupos al tren y nos amontonaron en los vagones de carga. Los vagones estaban repletos de gente, de tal modo que no podíamos mover brazos ni piernas. Veinticuatro horas después de estar soportando aquella tortura, salimos del tren en Fushun. Me parece que fue en el mes de julio, aunque no estoy tan seguro. De todos modos, fue durante el verano. Al salir de

los carros y revivificarnos con el aire fresco, nos vimos rodeados por guardias y policías secretos con pistolas y espadas que estaban allí para prevenir que alguien pudiera escapar. Nos pusieron en trolebuses y nos llevaron hasta aquí, a las minas enormes de Fushun. Recuerdo que nos condujeron a nuestro hogar. Los edificios "grandes y altos" que nos prometieron Wang Ma-zi y la propaganda de las compañías mineras eran nada más que grandes barracas desvencijadas con paredes de paja de sorgo y techos de papel alquitranado, cada una para alojar a ciento cincuenta personas. Había *kang* (camas hechas con ladrillos sobre un sistema de tubos para conducir el calor producido por pequeños fuegos, usadas durante el invierno severo del norte) como camas comunales en las que no cabíamos bien, de modo que dormíamos en hileras como sardinas en lata. No fue posible darse vuelta en la noche sin dar contra el vecino. Algunas veces teníamos que dormir de costado por falta de espacio suficiente para acostarse de espaldas. Usábamos paja por cobija y colchón, y un ladrillo por almohada. En cuanto a comida, las condiciones fueron aún peores. Comimos dos *wo-tou* por desayuno, almuerzo y cena. ¡Fíjense ustedes, un total de seis *wo-tou* por día para mineros que estaban trabajando doce horas por día! ¿Saben que es un *wo-tou*? Es un tipo de pan cocido al vapor hecho de una masa muy mala compuesta de una combinación de harina de bellota, harina de maíz y las migas de un pastel hecho de habas molidas. Un *wo-tou* no es más grande que su puño, pero éstos aun eran huecos por dentro. Su sabor era tan malo que a pesar de nuestra gran hambre teníamos que usar sal de piedras, lamiéndola al mismo tiempo que comíamos el *wo-tou* para ocultar su sabor. Con tal régimen, el cuerpo se hinchaba. En una semana nos dieron media taza de legumbres una o dos veces, y otras un atole de harina de maíz. ¡No se pueden imaginar cómo esperábamos aquel atole aguado! En el verano recolectamos verduras silvestres para aumentar nuestra alimentación. Por supuesto, con los inviernos tan duros de aquí, nos sentíamos mucho mejor en el verano.

Trabajamos en la mina abierta en el oeste, la misma que ustedes vieron hoy y que, según tengo entendido, es la más grande de su tipo en el mundo. Como entonces yo tenía solamente quince años me asignaron el trabajo de reparación de los trenes que usaban en la mina. Había dos tandas de doce horas cada una, siete días a la semana. Nos habían dicho que recibiríamos una paga, pero al llegar supimos por los otros que no pagarían por dos años para cubrir los gastos de nuestro viaje.

El señor Lü Xin-ke nos relataba estos detalles de su propia vida que guardaba en su memoria. Como ya habíamos oído narraciones de historias personales en otros sitios de China, pudimos distinguir entre los que "cantan" para los extranjeros con frecuencia y aquellos que no han ensayado antes sus narraciones y responden a las preguntas de una manera natural y directa. Seguramente, el minero Lü Xin-ke era uno de estos últimos. Al llegar a este punto de la historia, Steve y yo nos sentimos conmovidos; el señor Lü empezó a hablar con alguna dificultad y lo agitó un temblor ligero a medida que entraba más hondamente en sus memorias de aquella época. Nos dimos cuenta que estaba reviviendo experiencias que la mente sana prefiere no recordar. Cuando yo le interrumpí para averiguar algún detalle o preguntar, mi voz se ahogó por la emoción; quise pedirle disculpas por nuestra intervención que lo había hecho acordarse de las viejas cicatrices.

Había varios tipos de sobrestantes en las minas, pero todos eran *gou tui-zi* (colaboradores), crueles para con sus compatriotas, a quienes amenazaban con sus garrotes y látigos. Nos levantábamos para el pobre desayuno en la madrugada, antes de las cinco; luego nos congregábamos para que se pasara lista y marchábamos para empezar a las seis en punto. Si alguien estaba enfermo y muy hinchado de cuerpo no era excusa para no trabajar y debía hacerlo durante las doce horas acostumbradas. Los malditos sobrestantes usaban garrotes y látigos para obligar a los enfermos a levantarse para trabajar. Yo mismo me enfermé un poco después de llegar a Fushun. Al despertar, un día tuve vértigo muy *li hai* (severo) y verdaderamente no me pude levantar. Luego vinieron los sobrestantes y me dieron de latigazos hasta que me di cuenta de que si no me levantaba me quitarían la vida. Si alguien no podía andar y entonces no participaba en el trabajo, ellos no le permitían comer, y de este modo siempre moría muy pronto. El primer año que estuvimos aquí vi a dos mineros que no pudieron levantarse al ser golpeados a muerte por los sobrestantes y un patrón japonés. ¿Me entienden ustedes? Yo, a la edad de quince años, y mi hermanito de ni siquiera trece años vimos sobrestantes chinos pegando a otros chinos hasta matarlos, de acuerdo con las órdenes de sus amos japoneses.

En noviembre del primer año, mi padre se enfermó seriamente; quizás por tener cincuenta y tres años no pudo resistir tanto como nosotros los jóvenes. De todos modos, yo y mis hermanos salimos por la madrugada a trabajar en la nieve y el frío. Probablemente, la temperatura en aquel día fue inferior a cero grados. Cuando regresamos a la barraca él ya no estaba allí; algunos amigos de nuestro pueblo en Lai Wu nos dijeron que los sobrestantes le habían arrojado de la barraca. Mi pobre padre no alcanzó a caminar más de cien metros antes de que muriera de frío. Habían encontrado su cuerpo rígido y cubierto de nieve y lo reconocieron. Usamos ramas de sauce para tejer una cesta para su cuerpo y lo enterramos al pie de una montaña. Como la tierra estaba helada y muy dura gastamos muchas energías para cavar un hoyo pequeño, ya que no queríamos que los perros llegaran a devorar su cuerpo. Medio año después, mi hermano mayor murió en un desplome de carbón en la gran mina abierta. Otro año, es decir... a ver... 1944, mi hermanito murió de la enfermedad de cuerpo hinchado a la edad de catorce años. Aquel mismo año, o acaso el año anterior, empecé a trabajar en el mismo lugar de la mina de carbón en que había muerto mi hermano mayor. Las mujeres no trabajaban en las minas, pero de todos modos casi todas murieron de hambre o por enfermedades.

Después de dos años, recibí catorce *kuai* por mes, pero fue en moneda de la compañía y ellos calculaban los gastos de la comida y en consecuencia, todavía no recibíamos sueldo. El año siguiente los japoneses desaparecieron y recibimos la noticia de que China ya había derrotado a Japón. Pero el Kuomintang (el partido nacionalista de Chiang Kai-shek) se encargó de las minas y nuestra situación no cambió mucho. Después de la venida del KMT, se mejoró un poco. Teníamos más para comer pero era sólo sorgo y hojas de maíz. Un rato así y entonces otra vez peor. Pero lo más horrible fue que algunos de los sobrestantes que nos maltrataron cuando estaban los japoneses continuaron en sus puestos bajo del KMT. Por lo que sé o he oído ninguno fue juzgado o castigado por las autoridades del KMT por su traición o sus crímenes contra nosotros los mineros.

Durante los últimos cuatro meses antes de que nos liberara el *8th Route Army*, nuevamente no hubo paga. Durante la época del imperialismo japonés tuvimos aquí algunas huelgas pacíficas y también sabotaje. En realidad fue muy difícil para los mineros organizar la protesta en las minas. Nuestra salud era muy precaria y no teníamos mucha energía. Sin em-

bargo, hubo resistencia. Entre los mineros había miembros del partido comunista pero yo no sabía quienes eran sino hasta después. Yo mismo causé problemas en los carriles para que los carros que llevaban carbón cayeran de los puentes. Antes de la liberación, el *8th Route Army* estaba en las montañas a una distancia de veinte kilómetros, más o menos. Ellos hicieron algunos ataques de carácter guerrillero o "golpes de relámpago".

El *8th Route Army* nos liberó en el primer día de noviembre del año 1948. Recuerdo aquel día muy claramente y aquella fecha está grabada en los corazones de todos nosotros los mineros. Los soldados comunistas llegaron y tuvimos vacaciones durante el período de liberación. El partido comunista dio diez dólares a cada minero y más, nos dio trescientos *jín* (*catty*, un poco más de una libra) de raciones de maíz, sorgo y mijo como regalo. Por supuesto, después de haber sido tratados como animales y esclavos, las fuerzas de liberación aparecieron como salvadoras. Todos los mineros estaban muy contentos. La lástima fue que de las veinte personas que vinieron como un grupo en 1942, solamente quedaban dos, yo y otro minero. Mi padre, mis dos hermanos, todas las mujeres y casi todos los hombres de mi región en Shantung no sobrevivieron para ver nuestra liberación. Después de recuperar las energías abrimos la mina y empezamos a participar en la construcción de China socialista, para aumentar la producción de carbón. Las condiciones de trabajo y de vida se fueron mejorando desde entonces hasta ahora.

¡Miren ustedes esta vida mía! Vinimos cuatro, después de dos años solamente quedé yo. Yo solo. ¡Pero ya somos siete! Tengo esposa y cinco hijos: el mayor está en el ejército popular de liberación, luego dos en la preparatoria, o como llamamos aquí, la escuela media, y los pequeños estudian en la escuela de primera enseñanza. Antes de la liberación no soñé siquiera que mi vida pudiera tener tal destino. Mi sueldo después de la liberación fue de 27Y, ya es más de 80Y por mes. Ahora manejo el tren eléctrico en la mina. Mi *ai-ren* (*amante*: en China actual se considera un poco atrasado usar *xian sheng* que quiere decir *señor* o *l'ai l'ai* que significa *esposa*) tiene trabajo cuidando niños en el centro para niños (*tuo-ersuo*) y ella gana 40Y por mes. La renta de nuestra casa y los gastos para vivir son muy ligeros y estables; tenemos una bicicleta, un radio y un tocadiscos en mi casa, y yo tengo un reloj. Ya ven, amigos, que esta vida tiene su parte dulce a la vez que la amarga.

Llegando aquí, el señor Lü empezó a dar un resumen del desarrollo de la industria y técnicas mineras en Fushun desde la liberación en 1948, pero ya no nos quedó tiempo para continuar. Dándonos prisa, nos despedimos del señor Lü y los cuadros que habían asistido a la reunión. Nos queda una pequeña foto de Lü Hsin-k'o, la memoria del placer de conversar con él y una comprensión más honda de lo que les pasó a millones de chinos cuando China se levantó y rompió el doble yugo de la explotación extranjera y su orden semifeudal. Esto no quiere decir que en China no hay dificultades o que los millones de chinos no han tenido problemas serios después de 1949 y hoy mismo. Pero como estudiosos de China y sobre todo como extranjeros que ven a China con una perspectiva condicionada por experiencias en sociedades bastante distintas, creo que es muy importante conocer cómo sufrieron antes los campesinos pobres para entender mejor por qué y cómo se produjo su revolución socialista. Para mí esta sola conversación con Lü Hsin-k'o verdaderamente valió más que la lectura de cien estudios académicos sobre la revolución.